

PREGÓN DEL CORPUS DE VILLAMAYOR 2015

José Antonio Longo Marina

Autoridades, Comisión de Fiestas de Villamayor, reina de las fiestas, villamayorinos y villamayorinas es un placer y un honor tener la oportunidad de dirigirme a todos durante las fiestas del Corpus.

En primer lugar he de decir que si yo estoy aquí es gracias a vosotros, porque mi mayor merito ha sido poderos transmitir lo poco que sé sobre nuestra parroquia, y que vosotros lo hayáis acogido con cariño y colaborado de manera entusiasta con este proyecto cada día más real, gracias a todos.

Quisiera comenzar mi intervención con un dialogo del *Diario* del poeta y escritor portugués Miguel Torga que dice así:

- *¿Viene usted aquí para inspirarse?*
- *No, vengo a recibir órdenes.*
- *¿De quién?*
- *De mis antepasados.*

A la hora de elaborar este modesto escrito me surgió la siguiente disyuntiva, hacer un pregón relacionada con la que es mi gran vocación, la Historia, y hablaros del rico pasado de nuestro querido Villamayor o por el contrario dejar hablar al corazón y contaros lo que significa para mí esta tierra. He de confesaros que las dudas desaparecieron pronto ya que el sentimiento se impuso a la razón.

Yo nací en Gijón, por circunstancias de aquella emigración rural que llevo a tantos jóvenes de Villamayor en los años 60 y 70 a buscar un futuro mejor más allá de nuestra parroquia, entre ellos mí madre María, pero mis raíces maternas son profundas y desde hace cientos de años se asientan aquí, mi familia es una mezcla de gentes de Torín, Melarde y del propio Villamayor, aunque no descarto contar con algún pariente también en Antrialgo y Moñes, pudiendo así decir que tengo un trocito de cada pueblo de la parroquia en mí ADN.

Desde bien pequeño pisé estas tierras, llegando a Villamayor en tren, y no era tarea fácil había que coger dos, primero uno de Xixón – Llaviana, trasbordando en el Berrón, lugar al que llegaba desde Uviéu con dirección a Santander el segundo convoy. Un viaje que podía durar varias horas dada la mala combinación de la época o los retrasos de aquellos románticos trenes, poco tenían que ver con la alta velocidad, más bien eran de “baja velocidad”.

El periplo en tren siempre entrañaba una aventura, que si te quedabas parado en un túnel, que si tenías que viajar acompañado de un cargamento de pescado “fresco”, etc., en fin que menos aburrirte tenías de todo, y por si fuera poco en los veranos podías abrir las ventanillas y las puertas de los vagones, e incluso los más osados viajaban sentados en los peldaños de la misma puerta, hoy en día esto sería impensable.

Pero todos estos inconvenientes desaparecían cuando el tren llegaba a la estación de Villamayor, y ponías rumbo hacia Torín dónde esperaban mis queridos abuelos María y Pepe, siempre dispuestos a consentir a sus nietos por el gran cariño que nos tenían.

Para un niño de ciudad el pueblo significaba la libertad absoluta, un espacio en el que las calles desaparecían convirtiéndose en desiertos verdes y el tiempo se tornaba en infinito, sobre todo en periodo estival.

A veces las visitas eran cortas y solo duraban un exiguo fin de semana, pero en periodos de vacaciones se prolongaba el placer y el tiempo se contaba por meses.

La vida en el campo es la mejor formación que puede adquirir un niño, y si tienes quien te enseñe los secretos que encierra la naturaleza, y las costumbres más profundas de nuestro pueblo eso te servirá en el futuro para entender la vida de otra manera. Yo puedo decir que fui afortunado, ya que tuve unos maestros excepcionales, primero mis abuelos y después mis tíos.

La siguiente parada, después de deshacer el petate, era dirigirse a Valgoín donde estaban mis tíos Pepe y Dari, y mi primo Cosme, la primera visita después de los oportunos saludos era a la cuadra para ver las vacas, los perros y otros animales que habitaban en ella, el establo me parecía un

pequeño arca de Noé. Y si se podía, tomar un espumoso tanque de leche recién catada con su espuma. ¡Que era mejor que el néctar de los dioses!

Otro recuerdo maravilloso era subir al monte, a Sabornín, y disfrutar de la paz y el silencio absoluto. Imaginaros llegar de una ciudad donde el ruido es una constante las veinte y cuatro horas del día y de pronto encontrarte con la sinfonías interpretadas por el viento al chocar con los árboles.

Ya de más grande uno se planteaba grandes retos como el de ascender el Tombu, que para los ojos de un guaje era un coloso comparable al Himalaya, y una vez que estabas arriba contemplar el amplio paisaje que se divisaba a sus pies, vamos que uno se sentía el rey del mundo.

Hablando del monte, durante ese tiempo recuerdo la existencia de una pequeña comuna hippie en los montes de Villamayor, para gran escándalo de parte del vecindario, en torno a Ismael el de Porciles, un hombre que vivió y murió en el monte, pero pronto desapareció aunque algunos de sus miembros se avecindaron en el concejo.

A principios de mes se solía bajar a Villamayor, yo acompañaba en muchas ocasiones a mi güela en este peregrinaje, al llegar a la Requexada dejaba las madreñas en el portal de Enriqueta y se ponían los zapatos para recorrer la villa y hacer los recados del mes.

Recuerdo con gran cariño la tienda de Eduardo donde siempre caía uno de esos deliciosos phoskitos o panteras rosas, o la botica de don Julio al que yo recuerdo de muy mayor, la tienda de Titi o alguna vez pasar por las tijeras Gelu, el barbero, cuyos cortes de pelo de aire marcial te duraban varios meses hasta que recuperabas la cabellera.

En otras ocasiones recuerdo bajar con mi güelo y parar en el desaparecido bar el Chorrón, a tomar un vinin, yo por supuesto un refresco, mientras mi güelo Pepe departía e intercambiaba novedades con el dueño.

Como no recordar también los caramelos del Chupa Chups, aquellos que por defectos de fabricación no tenían palo podías comértelos sin límite, creo que caté la mayoría de los sabores existentes hasta llegar al refalfiu.

Otro acontecimiento vital relacionado con la parroquia fue que aquí hice la primera comunión, con don Miguel Ángel, yo ya venía “convalidado del

catecismo de Xixón”, porque si me llega a examinar tan exigente párroco todavía estaría preparándola, y no veo yo a mis años vestido de marinero.

Mis correrías por la parroquia, sin ser muy consciente de ello, despertaron en mí la curiosidad por nuestro pasado, por un lado aquel Palaciu sin rey que enseñoreaba Torín, y por otro nuestro querido “monumento”, donde vivían aquellas monjas díscolas, que más tarde descubriría que fueron más bien víctimas de la deslocalización, y que si bien tendrían costumbres mundanas, quien no, esa fue la disculpa para desahuciarlas. Al final como dice el dicho popular la cabra tira al monte y he acabado metiendo mi cuñita histórica.

Uno va cumpliendo años y el paraíso de la infancia se va alejando, la vida te aparta en muchas ocasiones de las cosas que más quieres, pero las personas siempre vuelve a donde tiene sus raíces, ahora he vuelto para quedarme y si me lo permitís disfrutar juntos de nuestra historia, costumbres, y por su puesto de nuestra fiesta más popular el Corpus.

Espero poder trasmitir este cariño por Villamayor a mi hijo Jose, como dijo en su día el periodista Hodding Carter:

“Dos legados duraderos podemos dejar a nuestros hijos: uno, las raíces; otro, las alas”. Las raíces están aquí en Villamayor, las alas la irá adquiriendo según cumpla años.

No me alargo más, solo me queda desearos unas felices fiestas y que podamos compartirlas juntos por muchos años, disfrutad de la sidra, el vino y el bollu, y del reencuentro con aquellos que estando lejos aprovechan para acercarse a su tierra y ser felices con sus vecinos y amigos.

Que comiencen las fiestas y que todos disfrutemos de ellas

¡Puxa Villamayor!

¡Puxa les fiestes del Corpus!